



ha durado su mandato, ahora renunciado por voluntad propia, este Procurador ha dejado en el lector de periódicos la imagen de un hombre infatigable, que asedió a las Cortes con constantes ruegos y preguntas y que, una y otra vez, puso de relieve la «leu-temia política» que aqueja a este país como consecuencia del inmovilismo. Hablando con los periodistas, después de la conferencia, él mismo contaría el chiste que caricaturiza su incansable gestión como Procurador. A un niño que se niega a comer la sopa, su mamá le dice: «Niño, come, porque si no vendrá don Eduardo Tarragona con ruegos y preguntas». Su lenguaje, como su porte, es llano, más llano y pedestre de lo que recomendaría el tono libresco y farragoso de la política madrileña. Son frases suyas: «Yo pensaba que podría contribuir a renovar el viejo tinglado». «Ya estoy harto de que algunos políticos vivan de las cenizas de los muertos de la guerra». «Nos dieron unos carnets, el mío sin firmar por cierto, y a la calle». «Miren ustedes, yo no tengo los medios de

tan cargos oficiales. Yo tengo una secretaría de baratillo». Al oírle hablar así en el salón que conserva todavía el aroma de las «tardes filosóficas» de don Xavier Zubiri, una señora comentó: «No tiene talla». Tarragona podía haber quedado en buen lugar en el Parlamento francés, podía haber sido un buen Nationalrat del Parlamento suizo, pero en el país del dictamen, de la ordenanza, de la Instancia, del saluda, del papeleo y del reintegro, en el país que tiene el censo de juriscónsultos más elevado del mundo, Tarragona tenía todas las de perder. El seny catalán, virtud histórica, hoy convertida en instrumento de un conservadurismo que no va en zaga a los elementos tradicionalmente conservadores de la sociedad española, no ha podido, sin embargo, ser asumido por el sistema. En una ocasión, en las Cortes, cuenta don Eduardo, un Procurador le llamó «rojo» por haber pedido trescientas pesetas al mes para los ancianos no beneficiarios de la Seguridad Social. Lo que realmente tiene significación en todo el asunto es que Tarragona se ha creído obligado

a dimitir al comprobar que su filosofía conservadora era demasiado progresista para el umbral de nuestra «apertura». La buena voluntad que, durante dos años, puso en su gestión es lo que le ha hecho comprobar que «un hombre solo no puede hacer nada», y en su conferencia de la Cámara de Comercio hablaba con mucha sinceridad al decir: «Yo creía que los españoles estaban despolitizados, pero re-

sulta que el que estaba despolitizado era yo, porque no me había dado cuenta de que no se puede hacer nada». Nada, ni siquiera el pequeño programa reformista de tipo práctico que él propuso en los 159 ruegos y preguntas que presentó, infructuosamente, a las Cortes. Al salir a la calle, las luces y el humo del Madrid consumista de nuestros días me parecieron un espejismo. Porque, al fin y al cabo, no ha cambiado mucho. ■ L. C.

El "milagro alemán" UNA HERENCIA PARA LA SOCIALDEMOCRACIA

Hace sólo unas semanas nos ocupábamos, en estas mismas páginas —a propósito de la reevaluación del marco—, de las espectaculares tasas de crecimiento que registraban las exportaciones de la República Federal Alemana, muy superiores a las de los restantes países europeos. De tal forma que puede ya hablarse —al igual que se califica de «déficit crónico» la situación de la Balanza de Pagos americana— de un superávit también «crónico» de la Balanza de Pagos alemana, que incide decisivamente sobre las pasajeras situaciones de equilibrio del sistema monetario internacional.

Ahora resulta interesante referirse a un documentado trabajo, «Europe competition 1969», de la revista «L'Expansion» (número especial, otoño 1969), en el que se lleva a cabo un estudio de los principales sectores industriales en los países del Mercado Común y Gran Bre-

taña. En él se analizan hasta 160 sociedades que, si bien no representan todas las industrias y actividades de los sectores productivos, sí constituyen una muestra suficientemente representativa de las tendencias fundamentales que han caracterizado a los grandes «trusts» europeos durante 1968. Los índices empleados para establecer la clasificación de las firmas seleccionadas se basan no sólo en la estimación de su peso económico —tal como se deduce de la cifra de ventas, volumen de producción, etc.—, sino también en el cálculo del nivel de eficacia o productividad de los capitales empleados, entendido el mismo como la relación entre el beneficio neto y la media aritmética de los capitales propios de las entidades (capital, más reservas, más fondos de previsión asimilables a reservas) al comienzo y al final del ejercicio económico.

TIERCE DE LA RENTABILIDAD NACIONALIDAD DE LAS TRES EMPRESAS CON MAYOR RENTABILIDAD EN CADA SECTOR (1968)

	Alemania Federal	Francia	Italia	Gran Bretaña	Holanda
Automóvil	■				
Química	■				
Farmacía	■	■			
I. Textil	■			■	
Siderurgia	■				■
Mecánica	■	■			
Construcción eléctrica	■			■	
Alimentación	■	■			■
Grandes almacenes	■	■	■		
Cemento	■			■	

Fuente: «L'Expansion» (n.º especial otoño 1969).

No nos podemos detener aquí en el detalle del examen de cada uno de los sectores industriales estudiados, a pesar de arrojar cifras muy elocuentes de algunos aspectos de la dinámica y dirección del capitalismo europeo. Pero sí conviene registrar un dato que viene a confirmar las tesis que, sobre la evolución de la economía alemana, se han expresado en diversas ocasiones durante los últimos años. En efecto, se puede constatar cómo entre las veinticinco empresas que alcanzan los índices más elevados de rentabilidad se encuentran once firmas alemanas. Del análisis sectorial se desprende, además, que en los sectores químico y del automóvil las tres primeras empresas que han proporcionado mayor rentabilidad a los capitales propios invertidos son alemanas; y que en cada uno de los sectores farmacéutico, siderúrgico, de la mecánica, de construcción eléctrica y del cemento, dos de las tres primeras empresas tienen también esa misma nacionalidad. En total,

en el «palmarés» de la rentabilidad europea figuran diecinueve empresas alemanas, cuatro francesas, cuatro inglesas, dos holandesas y una italiana, como puede verse en el cuadro adjunto.

Esperamos tener ocasión, más adelante, de comentar estos datos, junto con otros aspectos que explican algunas de las tensiones que, de vez en vez, se evidencian en el seno del capitalismo europeo. Por el momento nos limitamos a ofrecer esta somera información sobre el «patrimonio» con que se encontrará la socialdemocracia alemana, después de tantos años de resignada y meritoria espera, al llegar, definitivamente, al poder. ¿Demostrará este partido político, en la práctica, las cualidades de buen «administrador», «gestor» o «contable» —las únicas con las que ya se presenta ante la opinión pública—, gracias a las cuales ha conseguido el favor del electorado, o será, por el contrario, incapaz de multiplicar los bienes de las grandes empresas? ■ A. L. M.

Crónicas de la Era Lunar

Por PABLO DE LA HIGUERA

CRISIS DE CRISIS

El otro día, en un rápido vistazo de refilón al animado panorama postelectoral oosteleman, expresábamos nuestro maravillado desconcierto ante la genial pirueta de Willy Brandt, que brinca alegremente de las urnas adversas a la Cancillería de la República. Aún medio deslumbrados por las rutilantes paradojas del juego democrático, he aquí que percibimos ruidos extraños del otro lado del muro.

Era el señor Ulbricht, que festejaba el vigésimo aniversario de la fundación de la República Democrática Alemana. Caramba, no era cuestión de abandonar el bimilagrado mundo teutón y marcharnos con una visión parcial del asunto...

El señor Ulbricht hablaba. Decía cosas verdaderas, como, por ejemplo, que la R. D. A había alcanzado un alto nivel de desarrollo industrial —es cierto, uno mismo lo ha visto— y decía también esas cosas que se dicen siempre en los discursos, cuando uno va ya lanzado y no se para en barras. Entre estas cosas, Ulbricht dijo una un poco rara: que su régimen no había conocido jamás la menor crisis.

A lo mejor también es verdad, pero, de serlo, el imperturbable y frígido mandarín de Alemania del Este no debiera jactarse de ello. A mí, en su lugar, esta extrema penuria de crisis más bien me inquietaría un poco. Porque, al fin y al cabo, los regímenes son obra de los hombres, y sólo conozco una clase de hombres que no atraviesan cri-

sis: los muertos. Los demás, los vivos, incluido, sin duda, el señor Ulbricht, pasamos tarde o temprano por unas crisis de garabattillo: de la crisis de la pubertad a la crisis de la senectud, pasando por más de una crisis sentimental, de conciencia, de la muela del juicio, de la cuarentena, de soledad... (Los franceses tienen incluso una crisis nacional, la "crise de foié", que no es de fe, como pudiera pensarse a simple vista, sino de hígado...) De algunas de estas crisis salimos momentáneamente un poco pachucho, un poco destartados... Pero a la larga —y esto es lo bueno, señor Ulbricht— salimos también fortalecidos, espiritualmente enriquecidos... y en plena forma para afrontar la siguiente.

A los checoslovacos, sin ir más lejos, parece que los han curado ya de su estupenda crisis de primavera (el propio doctor Ulbricht contribuyó modesta, pero eficazmente, a la curación). Pero, a lo largo del proceso patológico y del de convalecencia, los "enfermos" de Praga, de Brno y Bratislava templaron sus resortes vitales y así, templaditos y disponibles, abordarán las crisis siguientes, que las habrá, y no podrán por menos de ser cada vez más saludables...

Y es que un régimen sin crisis, un régimen en crisis de crisis, es algo un poco fantasmal, un poco pétreo, algo así como si estuviera postrado en un estado de salud peligrosamente estacionario. La cosa puede ser bastante crítica. ■

TEATRO EN MADRID

¡Genet, O'Casey, Molière, en una semana!



"ROSAS ROJAS PARA MÍ", DE O'CASEY.

A lo largo de la última década teatral madrileña —tiempo a que alcanza mi condición de colaborador teatral de TRIUNFO— quizá nunca se ha dado una semana tan positiva como la que va de la noche del estreno de «El Tartufo» a la noche de «Las criadas». Las características y valores de las tres obras y montajes que definen esos Siete Días —«El Tartufo», «Rosas rojas para mí» y «Las criadas»— han sido o serán analizados por separado. Lo importante ahora es decir que, en una semana, Madrid ha conquistado tres títulos, tres montajes, tres interpretaciones que es necesario ver, no ya en un plano estrictamente teatral, sino en el orden general de la vida cultural y política española.

Contra la angustiosa y sólo aparente apoliticidad del teatro cotidiano —y digo «aparente» porque es obvio que la elaboración de una anécdota y la motivación de los personajes, dentro de una moral, un orden y una estética social, tiene un signo político definido—, ahí están «El Tartufo», de Molière (en libérrima versión de Enrique Llovet) y «Rosas rojas para mí», de O'Casey (en versión respetuosa, salvo los cortes de fuerza mayor, de Alfonso Sastre), que postulan, desde perspectivas muy distintas, con objetivos concretos también muy distintos, una crítica sociopolítica. Frente al eterno signo literario de nuestra escena, ahí está la extraordinaria concepción e interpretación de «Las criadas», asentada en elementos tradicionalmente ignorados o desterrados por nuestros actores, autores y directores. Frente a la idea de «decorado», la de «ámbito escénico». Frente a la rutina, ahora la invención, la imaginación escénica, la creación de órdenes artísticos escénicos... Nada de elegir entre la ética y la estética, nada de considerar —como algunos han hecho— antagonismo el rigor ideológico y la investigación formal. Las tres obras, los tres espec-

táculos superan con creces las limitaciones habituales y son, en su conjunto, importantes por sus significaciones políticas, por sus puestas en escena, por su calidad literaria, por sus intérpretes, por sus directores y por sus escenógrafos... Incluso el posible desacuerdo en tal o cual punto de estas obras y montajes tiene asegurado un tipo de argumentación seria y madura.

Importantísimo es que esta Semana haya discurrido en medio de los entusiasmas aplausos del público. Y que las entradas hayan seguido siendo altas tras la noche del estreno. Es decir, que empresarios, críticos, actores, autoridades y censores hayan sido testigos de que un teatro de este tipo no es —como decía un influyente y nefasto empresario madrileño— privativo de los públicos de París o de Londres. Incluso aquí somos mayores de edad. Incluso aquí queremos y necesitamos un teatro que nos trate como tales.

Acaso, el reparo que podría alzarse a esta Semana sería la «falta de obras españolas». Esto sería cierto relativamente. Porque los tres espectáculos incidían, por sus temas o montajes, en la vida española. Al comentario de «El Tartufo», de una parte, me remito; a la personalidad de Sastre, de otra; y en cuanto a «Las criadas», además de ser un texto de los llamados «universales», ha supuesto, por su montaje e interpretación, una lúcida, real, convincente y triunfal puesta en cuestión de una serie de principios tradicionales y sacralizados del «modo de hacer teatro» en España.

Para este modesto testigo, que se ha pasado meses, años, con semanas sin nada nuevo que comentar, lo primero es declarar que Genet, O'Casey y Molière, de la mano de Víctor García, José María Morera y Adolfo Marsillach, han impuesto a la cartellera de Madrid una dignidad insólita que a todos nos alcanza. ■ J. M. (Reportaje sobre «El Tartufo» en páginas 26 a 28.)

TEATRO

TRIUNFO recomienda:

EN MADRID:

«Las criadas», de Genet (teatro Figaro).
«Rosas rojas para mí», de O'Casey (teatro Beatriz).
«El Tartufo», de Molière (teatro de la Comedia).

EN BARCELONA:

«El malentendido», de Camus (teatro Poliorama).



COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Art Buchwald, Luis Carandell, J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Antonio Javaloyes, A. López Muñoz, Víctor Márquez Reviriego, José Monleón, César Santos Fontenla. FOTOS: Europa Press, Camera Press - Zardoya, R. Rodríguez, Cifra y Archivo.